

# Solamente Un Eco

## Alan Barclay

DON LINGARD se alisó cuanto pudo la guerrera del uniforme y golpeó en la puerta del despacho del comandante en jefe. Esperaba que su llamada habría tenido las proporciones correctas de decisión y deferencia que se pueden pedir al simple *tac-tac* en el panel de una puerta.

La llamada fue seguida al otro lado de la puerta por un fuerte e indefinible ruido de origen humano. Don entendió que esto quería decir «¡Adelante!» y entró. La habitación era larga y estrecha y el comandante en jefe estaba sentado delante de su mesa, al fondo del cuarto, inclinado sobre unos papeles. Don se adelantó con firmeza, cosa nada fácil dado el mínimo de gravedad existente en el Asteroide Cepha III. Se detuvo exactamente en el centro de la mesa, enfrente del comandante, a un metro de él, y saludó. Transcurrido aproximadamente medio minuto, el comandante levantó la cabeza. Tenía la cara bastante macilenta y los ojos de un azul desteñido. Miró a Lingard, observando su correcta rigidez, su impecable uniforme negro y su único galón.

Lingard, por su parte, notó con disgusto que su superior llevaba desabrochado el cuello del uniforme.

-¡Gran Júpiter! - exclamó el comandante en jefe finalmente -. ¿Quién demonios es usted?

- Subteniente Lingard, señor - replicó -. Destacado en la Base Avanzada Cepha III...> presentándose a usted> señor.

-¿Subteniente, eh? - preguntó el comandante en tono casi admirativo -. ¡Pobre chico! - continuó inesperadamente -. Aparque en esa silla y cuéntemelo todo. Vaya derecho al grano, que ahora no está en un escuadrón de entrenamiento.

Plantó sus largas piernas sobre la mesa y se retrepó hacia atrás en la silla.

-¿Qué edad tiene? ¿Veinte? ¿Cuál es su puntuación de entrenamiento?

- Tengo casi veintiuno, señor. Aprobé con el número dos de mi clase el entrenamiento básico Categoría A en pilotaje y navegación. Seis meses adelantado en entrenamiento de combate en la Estación de Entrenamiento de la Luna. Clasificación A en artillería.

- Bien, bien...; y muriéndose de ganas de tener un choque con el enemigo, estoy seguro.

- Sí señor, naturalmente.

-¿Por qué? - le espetó el comandante en jefe con violencia inesperada.

- No hay más que una posible razón, señor - respondió Lingard titubeando . Para cumplir con mi deber y ayudar a derrotar al invasor - estaba bastante azarado al decir todo esto.

- Muy propio muchacho, muy propio - aprobó el viejo . Y por supuesto para adquirir fama, sin duda. Bien, tendrá su oportunidad, aunque yo creo que la atmósfera de gloria y de muerte predomina más en las unidades de retaguardia que aquí fuera; pero tengo que decidir lo que voy a hacer con usted... ¿Dijo clasificación A en artillería?

Mientras hablaba apretó un botón y el teléfono de su mesa lanzó una respuesta.

- Hawkins ¿está el capitán Stinson franco de servicio?

- Sí, señor.

- Bien; búscale. Dile que tenga la amabilidad de venir en seguida a verme.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

- No me entusiasmo demasiado con la muerte y la gloria - continuó el comandante -. Tenemos una guerra espacial entre manos desde que sorprendimos al enemigo merodeando alrededor de los límites exteriores de nuestro sistema y nadie puede decir que se vea una solución, por el momento. Por tanto, yo pienso que es necesario para ustedes, los jóvenes, hacer parte de su servicio aquí. Creo justo el dar una oportunidad a todos los muchachos para que pasen aquí una temporada y que puedan volver pronto a sus casas en la madre Tierra. Tengo la satisfacción de decir que la proporción de bajas en mi estación es verdaderamente escasa.

- Pero seguramente, señor, es de vital importancia continuar la lucha resueltamente - aventuró Lingard.

- Resueltamente - repitió el comandante en jefe más bien para sí mismo-. Sí, eso está bien, aunque implica la posibilidad de alcanzar una solución. De todos modos, hablaremos sobre ello más adelante. Por el momento, le voy a nombrar segundo con el capitán Stinson en su nave.

- Pero señor - protestó Lingard -. Yo estoy clasificado como piloto de guerra de clase A. No soy un segundo.

- Ya lo sé; pero, sin embargo, hará su primera docena de guardias como segundo del capitán Stinson.

- Muy bien, señor. A sus órdenes.

- El servicio que haga al lado de Stinson doblará aproximadamente sus posibilidades de sobrevivir - añadió sonriendo el comandante -. Stinson no impresiona al mirarle, pero es un buen hombre. Cautivo y calculador. Ahora vendrá.

Lingard esperó pacientemente. Se encontraba un poco desorientado por la actitud del comandante en jefe por la confianza con que le trataba y por su manera de hablar tan poco marcial.

La aparición de Stinson fue otra sorpresa para Lingard. La primera impresión fue que era muy viejo. A un muchacho de la edad de Lingard, cualquiera que pasase de los treinta años le parecía casi senil. Stinson era bajo y algo contrahecho. No solamente su uniforme estaba considerablemente arrugado sino que el hombre que había dentro parecía encontrarse bajo una fuerte depresión moral.

-¡Ah, Stinson! - exclamó el comandante en jefe, mientras el recién llegado le hacía un saludo negligente. Le presento al subteniente Lingard aquí presente. Está clasificado como piloto, pero le he nombrado su segundo para que adquiera experiencia.

-¿Otro más ?- dijo Stinson mirando agriamente a Lingard. Preferiría un artillero experimentado.

- Tenga en cuenta que Lingard lo es de primera clase - respondió el comandante amigablemente - Tiene una excelente clasificación en artillería.

- Sí, disparando sobre patos sentados - rezongó Stinson. Me falta poco para cumplir mi tiempo, señor. ¿Por qué quitarme oportunidades encomendándome el entrenamiento de novatos?

- Es una orden - repuso el comandante, todavía amigablemente.

- Muy bien, señor - contestó Stinson poniéndose firme. ¿Puedo someter formalmente mi petición para ser trasladado a otra unidad, señor?

- Lo tiene que hacer por escrito y razonándolo - señaló el comandante -> y no se le concederá. Ahora llévase a Lingard a la residencia de oficiales para que se vaya familiarizando.

- Muy bien, señor - dijo Stinson, saludando. ¿Viene, teniente Lingard?

El *hall* de la residencia de oficiales era un cuarto muy alegre, circular, y se encontraba situado a unos metros debajo de la superficie del asteroide. Había gran cantidad de enormes butacas, de muchas de las cuales surgían las piernas de los ocupantes> aparentemente inconscientes> y un bar. En las paredes había colgadas láminas de las que usualmente se ven en las residencias de oficiales jóvenes y algunos grabados en colores bastante buenos.

Estos grabados eran evidentemente obra de un verdadero artista y todos trataban del mismo asunto. Uno de ellos llevaba el título «¿Es este el enemigo?» Representaba a una criatura parecida a un pulpo, con grandes ojos amenazadores> saltones, como de loco. En otro decía: «¿O quizá este?», y representaba un tipo como un cocodrilo montado sobre un *scooter*> delgado como un lápiz y con una larga y estrecha cola color humo azulado. Ese cocodrilo estaba disparando un desintegrador. El tercer dibujo mostraba un animal marino, rechoncho> pero de expresión inteligente, flotando en un barco rodeado de un líquido bulboso.

- Entonces, ¿es verdad que nadie los ha visto nunca? - preguntó Lingard-. ¿O es que, al menos, nadie ha vivido lo suficiente para explicar cómo son?

- Vamos a tomar una copa - le invitó Stinson, que no parecía tener muchos deseos de entrar en discusiones sobre este asunto.

Al día siguiente la unidad operó durante veinte horas seguidas. Lingard llegó a la sala de tripulación con media hora de anticipación> cruzó el rastrillo exterior y entró en la nave, que se encontraba en el túnel.

A pesar de ser muy temprano, Stinson ya estaba allí. El hombrecillo se dedicaba a revisar el armamento y, al verle, le saludó con un gruñido.

Lingard ocupó el puesto del artillero y empezó a trabajar en las piezas. Estuvo comprobando cómo los largos y pulidos cañones se deslizaban suavemente en sus montajes y les hizo girar a derecha e izquierda> manejando los controles. Los mecanismos de carga movían sus brazos de acero con un chasquido cuando Lingard probaba su funcionamiento. Finalmente quitó la cubierta y vió con disgusto que se trataba del viejo tipo Mark 1 en lugar del moderno Mark III, con control automático, como él esperaba hallar.

Lingard hizo notar esto a Stinson, mientras se ayudaban mutuamente a colocarse los uniformes de vuelo.

- Ese modelo tiene por lo menos media tonelada de lastre inútil y nos acorta considerablemente la aceleración - apuntó Lingard.

- Tenemos autorización del comandante en jefe para desecharlo - contestó Stinson. Mejor será que se ajuste el cinturón de vuelo.

Ocupó el puesto del piloto. Puso en marcha los motores y empezó a llamar a la torre de control pidiendo vía libre.

Lingard no apartaba la vista del cronómetro Cuando el segundero llegó al punto indicado, Stinson, sin hacer ninguna ceremonia, apretó el botón para ponerlo en marcha.

Permanecieron un instante bajo el sonido atronador de los motores y, de repente, una mano gigantesca pareció asir a la aeronave y la lanzó con una fuerza increíble a lo largo del túnel, hacia el silencio y la negrura del espacio. Un momento después Stinson cortó los gases para dejar los motores en un susurro, niveló, con el plano de la eclíptica por horizonte, y puso rumbo a los límites exteriores del contorno del asteroide.

- Bueno, Lingard - le dijo Stinson con mucha menos acritud de lo usual en él -, este es el momento para el que ha vivido y se ha entrenado todos estos años. ¿Cómo lo encuentra?

- Me tengo mucho sentido de la realidad - admitió el otro francamente -, sino cuando mi cabeza se lo recuerda al estómago, y entonces siento como si un enjambre de mariposas diese vueltas a mi alrededor.

- Lo mismo me pasa a mí - añadió Stinson, solo que yo las tengo todo el tiempo. ¿Desea usted preguntar algo?

- Lo menos un millón de cosas - replicó Lingard con vehemencia -. Para empezar, ¿cuál es nuestra área de acción?

- Está ahí, en el mapa - le respondió -. En el esquema de los trabajos de patrulla no tiene importancia mil millas más o menos. El enemigo trata de engañarnos llamando nuestra atención sin dar la cara desde el sector de Aries; por tanto, trace primero una raya desde el Sol hacia Aries después tome un punto en esa línea que esté justamente por fuera de los asteroides y trace un círculo cuyo centro sea un punto en ángulo recto con la línea. Dándole a ese círculo un grosor de dos millones de millas tendrá nuestro volumen del área de patrulla.

- Excepto que no me ha dicho el radio del círculo.

- De momento, cuarenta millones de millas. Puede calcular el número de naves que serán necesarias para explorar ese espacio> teniendo en cuenta que cada explorador puede inspeccionar un cuarto de millón de millas, en vez de medio millón> que es lo que dicen los libros.

Lingard explicó que en la base le habían dado para hacer unos cálculos en que intervenían integrales dobles..

- Me temo que si calcula la duración máxima de nuestro *raid*. con relación al consumo de gasO~1> comida y aire para la tripulación> va a tener que manejar una buena cantidad de complicadas matemáticas> pero la cosa es que podamos estar en posición durante ciento cincuenta horas \--añadió en tono amargo - los expertos han probado matemáticamente que no necesitamos mucha comida durante el *raid*, y no me sorprendería mucho que dentro de poco demostraran que tampoco necesitamos aire.

-¿Suele haber muchos navíos enemigos que atraviesen por nuestra pantalla durante el *raid*?

- Bastantes, pero nuestra misión es principalmente descubrirlos y transmitir la información, aunque también debemos destruir los que nos sea posible. Muchos pasan sin que podamos controlarlos y, una vez que señalamos su paso> los muchachos de la Defensa de Retaguardia se encargan de ellos. Fíjese que pasan muchos más de los que dicen las noticias, y yo he encontrado muchachos que aseguran que han tocado en Marte - y tras una pausa continuó -: Ahí tiene la lección número uno: Descubrirlos, señalarlos y atacarlos> si se tiene ventaja. Y ahora le voy a dar la regla número dos (no es una regla oficial, es de mi propia cosecha, pero es vital): Un Gobierno bienhechor y con buena intención nos ha provisto de ropa apropiada> que es la que llevamos ahora, y debemos hacer todo lo posible porque vuelva a la base intacta y con nosotros dentro. El gasoil, se supone que es el necesario para que podamos volver> si...

-¿Por qué se supone?- interrumpió Lingard un poco irritado -. Tenemos la certeza de que el gasoil será suficiente. Está previsto para esto. Hace siete años> el capitán Graham volvió después de cinco días y medio de crucero...

- Está bien> muy bien - protestó Stinson-. En efecto, está previsto para volver a casa, y yo me alegraré de que vuelva> tanto como usted mismo. Pero volverá si

conserva fría la cabeza después de haber sido atacado; si se acuerda de su propia posición v velocidad de su base, y si es capaz de calcular mentalmente geometría esférica v de trazar una ruta a ojo. De acuerdo totalmente con usted sobre esto, y creo que la ciencia es maravillosa. ¿Puedo volver ahora a lo que estaba diciendo?

- Seguro - asintió Lingard.

- Si nos toca una sola vez la onda D del enemigo, somos un par de pollos asados. Fíjese que se derrama todo el gasoil en los motores y en los tanques y convierte la nave en un pequeño punto de luz que nadie nota, pero desde el momento del impacto hasta la voladura total no transcurre más de un cuarto de minuto, que es el tiempo que tarda la materia en hervir. ¿Me sigue?

- Sí, le sigo - dijo Língard ~

- Bueno, ahora métase bien esto en la cabeza y no lo olvide; si alguna vez veo que estamos a punto de ser asados, daré la voz de tirarse. Se me oírán perfectamente, porque chillaré con todas mis fuerzas. Mientras doy la orden apretaré el botón para que se abra la salida de urgencia. Después, le volveré a decir por segunda vez que se tire. Esta segunda vez ya tiene que estar fuera, antes que yo abra mi trampa. ¿Está claro?

- Muy claro, señor; da la orden de tirarse, la primera vez cuando aprieta el botón, y la segunda, después de abrirse la salida de emergencia.

- Exactamente, tómese un poco de tiempo para meter bien esto en su imaginación, porque cuando suceda, será tan repentino que le prometo que no intentaré siquiera repetirlo una tercera vez, y sin enterarse se encontrará ya cocido. Si llega a oírme por tercera vez, será únicamente un eco.

Alcanzaron posición después de cuarenta horas de economizar en lo posible el combustible, empleando velocidades estudiadas para conseguir la velocidad cero con relación a la línea Sol-Aries. Una vez alcanzada, colocaron en posición el rayo localizador y permanecieron inmóviles mientras exploraban el espacio a su alrededor, por encima y por debajo. Permanecieron tres horas en esta posición de observación. Stinson dedicó el tiempo libre a calcular el importe de sus pagas atrasadas y las gratificaciones que le debían, y a hacer planes muy complejos concernientes a su futura vida civil. Cuando se cansaba de esto, se dedicaba a leer libros sobre fotografía. Lingard, durante la primera hora, estuvo observando el pálido resplandor violeta en el globo indicador de tres pies de diámetro, con una especie de ansiedad temblorosa; pero a medida que pasaron las horas (y los días) su entusiasmo bajó mucho de nivel.

- Tómallo con tranquilidad, hijo - le aconsejó Stinson mirándole por encima de su libro -. Tendremos que hacer cuatro o cinco *raids* sin cazar ni una sola cosa. Cuando menos lo piensas v cuando empiezas a creer que todo es un mito, te aparece uno a cien millas de distancia.

El hecho fue que en este *raid* no vieron la menor señal del enemigo. Sin embargo, en el *raid* siguiente, al segundo día, vieron dos oscuras burbujas temblorosas flotando dentro de los márgenes de su globo.

- Ahí los tiene - dijo Stinson sin demostrar ninguna emoción -. Son un par de Jackoes.

- Bueno, vamos detrás de ellos - gritó Lingard. Stinson contempló las burbujas durante un buen rato.

- No serviría de nada, están en los límites de nuestra esfera y saldrán de ella en veinte minutos. Lo único que tenemos que hacer es comunicar la dirección y velocidad a la base.

Procedieron a mandar la señal correspondiente y medio día después se enteraron de que los intrusos habían sido exterminados por la Defensa de Retaguardia.

En el cuarto *raid* solo un pequeño aparato enemigo atravesó la pantalla. Aunque pasó muy cerca de ellos, Stinson no se molestó en seguirlo.

Después del sexto *raid*, y como ocurriese lo mismo, Lingard pidió que lo trasladaran a otra nave.

- Denegado - respondió el comandante en jefe frunciendo el entrecejo -. Denegado, y no crea que es por lo que le queremos, joven luchador. Es porque cuesta mucho dinero al Gobierno instruirle y construir la nave en que sirve, y no tiene derecho a suicidarse. No estamos haciendo esta guerra para divertirle. ¿Sabe?

- Señor - preguntó Lingard desesperado -. ¿Puedo hacerle una pregunta?

- Todas las que quiera.

- Supongamos que en lugar de esta política cauta de que lo primero es conservar la vida, les diésemos caza como a diablos, los persiguiéramos con energía, los empujásemos hasta sus guaridas y los machacáramos sin descanso; ¿no cree que pronto abandonarían la guerra y se quedarían en sus casas? Creo que al final nos resultaría más barato en hombres y en naves.

- Es un buen argumento - admitió el comandante -, pero hay razones por las cuales no marcharía bien su sistema. La más importante es que, en mi opinión, no tienen casas donde guarecerse.

Lingard se quedó pensativo ante esta contestación.

- Yo digo (y esto es una opinión enteramente particular) que ellos han venido a través del espacio desde otro sistema. Creo que ellos, o tal vez los abuelos de la presente generación de Jackoes, se han visto obligados a abandonar el planeta donde vivían. Creo que toda su raza ha estado cruzando el espacio, desde la estrella en que vivieron, durante decenas o centenas de años, buscando otra residencia donde establecer su hogar. Estoy por apostar que si usted llegase a descubrir su guarida (cosa que nadie ha hecho hasta ahora) encontraría una flota completa a varios millones de millas. Muchas y grandes naves, montañas de ellas, infinidad de Jackoes de todas formas y tamaños> sentados sobre todo lo que pueda ser útil para sentarse, mirando para acá y pensando si al fin habrán llegado a su

tierra de promisión. No, Lingard, sea lo que sea lo que les hagamos, nada los hará retroceder. El quedarse es su única esperanza.

- Entonces, ¿cuándo terminará?

- No lo sé - respondió el comandante en jefe -. Puede ser que dure para siempre.

Dos días después Lingard y Stinson se encontraban de nuevo patrullando. Los dos estaban observando el sector que les correspondía. En el borde de la esfera del localizador, próximamente en la vertical, por encima de ellos, una pequeña burbuja era perseguida por otras tres mayores.

- Esto es un Jacko que se ha metido en nuestras líneas. Ha venido a dar un vistazo y quizá ha llegado hasta la Tierra y ahora está tratando de salir otra vez. Las tres burbujas grandes son nuestras naves de caza que lo van persiguiendo. Al pobre lo van a atrapar en cinco minutos. ¡Fíjese!

Las cuatro burbujas navegaron suavemente por el interior luminoso de la esfera. De los tres perseguidores, uno estaba algo por encima del Jacko y sus otros dos compañeros se encontraban por debajo, pero todos ellos marchaban en sentido convergente.

- Estos son los nuevos destructores de cazas tipo Pluto - dijo Stinson -. Van pilotados por ocho hombres armados con proyectores de onda-D. Ahora será en cualquier momento.

- Nunca pude comprender cómo se las componen para montar aparatos de onda-D en naves tan pequeñas como estas. ¿Cómo puede la tripulación aguantar el retroceso y el fognazo de tan fuerte radiación?

- Bueno, por supuesto, las naves son bastante mayores que esta lata de sardinas y llevan el proyector montado en las mismísimas narices. Lo manejan por medio de control a distancia con una gran cantidad de material aislante entre él y la tripulación.

- Pensándolo bien - reflexionó Lingard -, los exploradores Jackoes montan tubos de onda-D.

- Así es - dijo Stinson -, ¿eso lo ha discurrido usted solo?

- Pero...

- Hay dos contestaciones a esta pregunta. La respuesta más fácil es que los Jackoes aguantan muy bien esta radiación tan fuerte. Yo sé que el personal de nuestro Cuartel General está a favor de esta teoría; de hecho hablan como si a los Jackoes nada les gustara tanto como bañarse en fuertes radiaciones dos o tres veces al día.

- Usted no está muy conforme con eso, al parecer.

- Yo... Ciertamente que no. Le diré lo que pienso. Creo que cualquier Jacko que lanza la onda-D, desde un recinto cerrado, como una de sus naves, muere unas



seis semanas después, lo mismo que nos ocurriría a nosotros. Es más, sé que los pilotos de combate de los Jackoes lo saben y por eso siempre se baten hasta el final y cuando se ven derrotados vuelan sus naves. Mire el aspecto de este individuo, dijo señalando la pantalla de observación. Está tratando de atacar a nuestras naves antes de que lo abatan, aunque debe reconocer que no tiene ninguna probabilidad de escape... Mire, ahí va.

Según miraban, la pequeña burbuja que había empezado a balancearse en un estrecho arco, comenzó a hincharse de un modo desmesurado y, por fin, reventó. Ya no estaba allí.

- ¡Pobre! - exclamó Stinson.

- Algunas veces pienso que usted ama a estas criaturas - le dijo Lingard mirándole un poco irritado.

- No las odio tanto como usted - fue la respuesta -. Aun cuando parecieran cocodrilos, pulpos o tuvieran dos cabezas y las bocas en sus estómagos, todavía pensaría que son bastante buenos chicos. Antes que sus naves se pongan en marcha, deben saber que no tienen ninguna probabilidad de sobrevivir. Si disparan el proyector, se asan, y aunque no se asasen, la posibilidad que tienen de atravesar nuestras líneas y poder volver a su base es mínima. Y a pesar de todo, vienen.

- Entonces, ¿por qué continúan viniendo?

- Es fácil de explicar. Por ahí, en alguna parte, tienen grandes naves llenas de municiones, de papás, de pequeños hermanos y hermanas, y quizá de novias y madres, si sus leyes biológicas son iguales a las nuestras. Y si están tratando de encontrar un hogar para todos estos seres, ¿no haría usted lo mismo, aunque cualquiera otra criatura, cualquiera otra clase de animal, persistiera en cruzarse en su camino?

- Sí, lo supongo - dijo Lingard, y tras pensar un momento sobre ello, preguntó -: ¿Cómo es que cualquiera que vuelve a su casa, en la Tierra o en Marte, no habla de esa manera?

- Porque vuelven asustados de los Monstruos del Espacio.

-¿Y cómo va a acabar esto?

- Se lo diré - dijo Stinson inesperadamente -. ¿Usted sabe lo que sucede cuando dos chicos mayores se encuentran por primera vez? Se suelen hacer muecas el uno al otro, se pelean, se sacan la lengua y se dan buenos coscorriones; pero el resultado es que se hacen buenos amigos. Cada uno mide las fuerzas del otro, descubren que son los dos humanos y decentes, normales e interesados en las mismas cosas. En seguida intiman y se dedican a cambiarse las canicas y las navajas. Bien, hay que reconocer que este es el actual estado de cosas entre nosotros y los Jackoes. Nos estamos dando puñetazos en las narices unos a otros, corre la sangre (lo malo es cuando se trata de la nuestra) y, al final, cada bando decidirá que el otro pertenece a una raza decente y normal y merecedora de respeto, y que, después de todo, h% sitio para ambos en este pequeño sistema.

Cuando se empieza a creer que todo es un juego, cuando se han hecho por lo menos ocho o diez *raids* y parece que los Jackoes son un mito, por encuentras uno, que probablemente se le ve a no más de quinientas yardas por la banda de estribor.

De hecho, en el noveno *raid* de Lingard apareció uno. Stinson fue el primero en señalarlo.

- Esto debe despertar tu alma heroica - dijo a Lingard -. Me parece que, por fin, vamos a tropezar con algo en nuestro camino.

Lingard se desplazó para mirar mejor el localizador.

-¿Dónde está?

-¿Ves esa mole, la que se está moviendo?

- Es otro bloque de roca - protestó Lingard.

- Conforme, es un bloque de roca, pero silo miras con atención verás que cambia de forma... ¡Allí! Observa esas dos manchitas que hay detrás. Algunas veces se funden con el bloque principal, pero frecuentemente parece que se desprenden. Deben de ser un par de Jackoes tratando de hacer alguna jugarreta. Han cogido un trozo de asteroide moviéndose en una ruta inferior aceptable y lo están abrazando con la esperanza de poder atravesar nuestra pantalla, aún no descubierta por ellos.

Lingard miró con atención. Ahora podía ver claramente que aunque las dos pequeñas manchas parecían casi siempre formar parte de la masa principal, con mucha frecuencia se separaban por un instante. Calculó la ruta que seguían y vio que iban a pasar muy cerca de ellos.

- Van a pasar muy cerca de nosotros - dijo -. ¿Daremos la señal?

- Todavía no - respondió Stinson-. Lo primero de todo, coloquémonos lo más cerca posible del paso de ese trozo de material de construcción.

Apretó unos botones y puso en marcha la nave, deslizándose hacia la parte baja de la órbita del asteroide. La burbuja movediza que había en el centro de la masa luminosa se columpió hacia atrás y hacia adelante, hasta que, al cabo de diez minutos, empezó a moverse directamente hacia el centro. El trozo de roca que parecía tener unos 200 pies de diámetro, venía ahora en línea recta hacia la nave.

- Desconectaremos el localizador por un momento - dijo Stinson-. La roca está ahora entre nosotros y ellos> pero queda una probabilidad de que la punta de una de sus antenas asome por encima del techo. Dentro de media hora podremos verla directamente con el telescopio.

Efectivamente, media hora después pudieron localizar la roca con el telescopio, y veinte minutos más tarde, pudieron verla a simple vista. Un monstruo espeluznante, girando suave y continuamente, con grandes placas metálicas y cristalinas que brillaban intensamente cuando les daba el sol.

Stinson hizo que su nave se emparejase rápidamente con la roca y> al mismo tiempo, trató de entorpecer la marcha de la nave más próxima.

- Bueno, hijo, por detrás de esa roca hay dos naves Jackoes. Voy a rodearla un poco para ponerme en posición de hacer un disparo que no falle al que tengamos más cerca de los dos. No puede haber discusión ni titubeo, lo tiene que aniquilar con el primer disparo, y a continuación le pondré en línea con el segundo para que se lo cargue también. Tiene que ser rápido, limpio y no fallar ningún disparo. Nada de fantasías.

-¡De acuerdo, capitán! - exclamó Lingard con entusiasmo, dirigiéndose hacia adelante a la posición del apuntador y tomando los mandos de los cañones.

-¿Tiene el traje de salto bien ajustado? - dijo la voz de Stinson en la radio interior.

- Seguro - contestó Lingard.

- Recuerde que podemos ser tocados. No olvide lo que le dije sobre el lanzamiento en caso de emergencia.

- No habrá que lanzarse - gritó Lingard -. Póngame usted exactamente medio segundo en línea con cada uno de esos monos> los haré papilla.

- Es lo que tiene que hacer - graznó el otro -. Allá vamos.

Los motores zumbaron brevemente y la pequeña nave se deslizó a lo largo de la roca. Una explosión de los motores los lanzó fuera de la sombra. Otra explosión de los tubos laterales les imprimió una sacudida y les hizo dar la vuelta...

Allí estaban los Jackoes. A una distancia no mayor de 100 yardas se encontraba una masa bulbosa y rojiza, otra más allá, por encima, y otra por debajo.

- ¡Diablo! - exclamó Lingard-. Ahí hay tres.

- Ya no podemos volvernos atrás - gritó Stinson-. Ahí tienes al más cercano. Cárgatelo.

La nave dio una sacudida cuando Lingard la colocó en línea. Tomó el control del cañón con manos sudorosas y enfocó la cruz amarilla del visor al centro de la barriga de la nave más cercana.

No se acordó de apretar el botón para disparar, pero debió de hacerlo de una manera inconsciente, puesto que la nave enemiga tembló al recibir el impacto de la descarga fisionable. El Jacko pareció estallar.

-¡El siguiente' .- gritó Stinson entusiasmado -. Vamos con el siguiente.

Hizo girar el morro de la nave. El segundo enemigo estaba más lejos, por lo que el piloto tuvo unos cuantos segundos para prevenirse. Una delgada llama azul salió proyectada por el costado y la nave quedó enfilada al enemigo.

--Anda con él! - vociferó Stinson.

Lingard hizo girar el cañón para intentar un tiro de flexión. El blanco aceleró justamente cuando él disparó y la carga no le alcanzó por pocas yardas. Dio un tirón de la palanca para volver a cargar y oyó el zumbido de los pesados proyectiles al entrar en la recámara. El Jacko aceleró y se revolvió, lanzando pequeñas llamas por sus motores laterales.

- No tire ahora - ordenó Stinson con calma -. No puede acertarle mientras esté acelerando y bailando como una peonza> pero cuando empiece a virar hacia atrás> en dirección opuesta, habrá un solo momento en que se quede quieto; espere ese momento.

Lingard esperó siguiendo con la vista el rojo barco. Esperó un largo momento. Lo suficientemente largo que pudo pensar dónde diablos se había metido la otra nave enemiga. Entonces, el blanco se inmobilizó, su movimiento relativo bajó casi hasta cero. Lingard accionó las palancas y los proyectiles salieron silbando. Durante los dos minutos que siguieron al disparo el morro del enemigo se salió un poco de la visual, pero no lo suficiente para quedar fuera del alcance de sus proyectiles fisionables de acero. En su costado se abrieron seis agujeros. Dio la vuelta violentamente al recibir el impacto y> de repente, lanzó una gran llamarada blanca.

-¡Le di! - gritó Língard.

Stinson no dijo ni una palabra. Estaba tecleando en los botones de disparar.

La nave dio con mucha rapidez una vuelta muy cerrada. Lingard se abatió contra el asiento.

-¿Dónde está la tercera nave ?- preguntó.

- Hijito, está exactamente en nuestra cola - dijo Stinson con voz agria. Agárrate bien a lo que puedas, que te vas a zarandear un poco.

La nave empezó a bajar y subir rápidamente describiendo grandes círculos. El asteroide junto al cual empezó la batalla estaba ahora a muchos cientos de millas. Por tres veces, un destello de llama azul metálico pasó por delante de las troneras de observación.

- No anda muy listo con su onda D - observó Lingard -. ¿No puede girar más, para que yo le pueda disparar?

- No hay la menor esperanza. Estos Jackoes son capaces de aguantar una fuerza centrífuga mucho mayor de cuanto nosotros podemos soportar y pueden girar en círculos más pequeños.

Una vez más, la aguja de luz azul pasó junto a ellos. Un segundo después la vieron brillar justamente delante, y esta vez no era un destello momentáneo, sino un rayo atravesado como una espada en su camino. Stinson dio un fuerte impulso a los motores para elevar la nave y hacerla pasar por encima.

- La ventaja del rayo es que lo pueden dirigir hacia adelante para que tengamos que meternos en él. ¿Qué es esto? ¡Gran Júpiter! Hemos sido tocados. Esta vez nos dieron en la cola.

Se produjo una explosión imponente al tiempo que volaba uno de los motores propulsores.

- Estamos alcanzados, hijo - chilló Stinson -. ¡Salta!

Lingard palpó la válvula de su casco para comprobar que estaba bien seguro y dio un puñetazo en el botón de lanzamiento. Los cierres de la compuerta volaron con un zumbido al tiempo que Stinson vociferaba de nuevo:

-¡Salta!

El chorro de aire que se proyectó levantó a Lingard y lo lanzó al espacio.

-¿Estás bien, hijo? - preguntó la voz de Stinson, por medio del intermicrófono, un momento después.

- Creo que sí - replicó Lingard.

- Bueno, espero que sabrá todo lo que tiene que hacer para volver a la base utilizando su traje de salto.

- Me gustaría mucho que me lo repitiese, capitán.

Se encontraban flotando en la nada> en el negro vacío, y aunque Stinson no debía encontrarse a muchas yardas de él, no podía verle.

- Muy bien, escuche. Tome la línea Sol-Aries como dato. ¿Se acuerda de las coordenadas de la base cuando salimos?

- Ya lo creo - las recitó Lingard.

-¿Y de las coordenadas de nuestra nave, antes de empezar el ataque?

- Sí; pero nos hemos desplazado bastante desde entonces.

- No tanto como para que importe. ¿Conforme? El trabajo más difícil va a ser el hacer una estimación periódica de su velocidad. Use el pequeño velocímetro que tiene en el bolsillo exterior del traje de vuelo. Haga tantas comprobaciones de velocidad como pueda. Hágalas continuamente, no tiene mucho más que hacer. Cuando crea que se encuentra a menos de mil millas de la base empiece a mandar mensajes por el microrradio. No esté todo el tiempo conmutado, envíe un mensaje y desconecte. Espere diez minutos y envíe otro. Ahora, sobre todo, mucha tranquilidad. Verifique la velocidad constantemente y llegará en nada de tiempo a casa.

- Gracias, capitán - dijo Lingard agradecido.

La voz de Stinson, a pesar de ser áspera, había contribuido a elevar su ánimo considerablemente.

-¿Está escuchando, Lingard? - se oyó la voz de Stinson un momento después> que ahora era apremiante.

- Seguro.

- Hace un momento vi sobre mi cabeza un destello de ese maldito motor. Parece que todavía anda rondando. Mientras no acelere> pareceremos en su localizador unos restos de nuestra nave.

Durante diez minutos Lingard se sintió arrastrado por el espacio. Empleó el tiempo en tratar de medir la velocidad. Sabía la velocidad y la dirección de la nave antes que empezase el ataque, pero no tenía ni idea de lo que pudieran haber avanzado durante el combate y, además que, naturalmente, habría que añadir una componente adicional de velocidad debido al impulso del aire que lo lanzó fuera de la nave. El asteroide, aunque era grande, pronto dejaría de verse y la única pieza de los restos de su nave que podía ver era una andrajosa y retorcida plancha de duraluminio que parecía colgar sobre su cabeza a unos 200 metros.

-¿Me está usted oyendo, hijito? - sonó la voz de Stinson de un modo extraño y con un acento como de resignación.

- Sí - respondió Lingard.

- Ese Jakko me ha localizado. Ahora su nave flota muy cerca de mí. No cabe la menor duda; en este momento ha dado un golpe en las troneras de sus motores para virar en redondo. Quisiera saber si consigue detectar mi radio. Lo único que puedo hacer es no moverme de donde estoy> a ver si me toma por muerto. La nave tiene la punta anterior de cristal y veo que hay dentro una cosa que se mueve... Tal vez voy a ser yo el primer ser humano que vea un Jacko... Parece que está haciendo girar la torreta de tiro, pero espero que sea solamente una pre...

En ese instante la radio enmudeció. Con el rabillo del ojo Lingard vio un rayo de luz diminuto. Pocos segundos después vio una llama larga y delgada que barrió toda la nave y desapareció hacia el exterior.

Lingard siguió con mucho cuidado su ruta hacia la base, donde lo recogieron tres días y medio después. Dos meses más tarde volvió a salir de patrulla, esta vez como capitán de la aeronave.

En su primer *raid* le dijo a su segundo:

-¡Ah! Y si en alguna ocasión le parece oírme decir por tercera vez que abandone la nave será solamente un eco.

CIENCIA - FICCION INGLESA

AGUILAR 1968

Traducido por Alberto Levenfeld

Escaneado por Diaspar 1997